



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

NO ES ORO TODO LO QUE RELUCE

Ariadna Vega Jiménez



SEGUNDO PREMIO 2016

No es oro todo lo que reluce

No es oro todo lo que reluce

Oigo cómo un chico me grita lo gorda que estoy desde el otro lado de la Facultad y un grupo me señala cuando paso por delante de ellos. Mientras camino rápidamente, me miro los pies y vuelvo a pensar en esas salchichas que parecen mis piernas pero que no me pertenecen. Mis tripas rugen como cada minuto de mi vida desde hace un año, y al pasar por delante de una ventana veo en el reflejo a una persona gorda y fea que no quiero creer que soy yo. Me dirijo a la cafetería donde está mi mejor amiga desde que empecé la Universidad. Hemos pasado grandes momentos juntas: noches sin dormir estudiando para esos infernales exámenes de enero y mayo, fines de semana de compras en nuestras tiendas favoritas, lloros después de suspender alguna que otra asignatura o lo que llevamos aguantando desde hace un tiempo..., pasar como si nada por delante de la gente que me señala. Cristina es muy buena persona, no le importa mi físico, ni que cada año se me olvide felicitarla por su cumpleaños o su santo, la considero mi amiga y por lo que veo ella a mí también. Nuestro carácter es muy diferente, mientras yo soy más risueña y simpática, ella es más seria y no se relaciona tanto con la gente. Creo que gracias a nuestras diferencias compaginamos tan bien. Me espera con el bocadillo que tanto me gusta recién comprado, le he dicho cientos de veces que no me lo compre, que estoy a dieta, sin embargo me obliga a comérmelo cada día. Todos los días se sienta a ver cómo lo hago así que siempre bromeo con la típica frase:

-Tranquila, que si un día no me lo como no me voy a morir, tengo grandes reservas -Y le señalo el excedente de grasa alojada en mi barriga mientras me río.

Ella siempre me lanza una media sonrisa y me responde con un :

-Venga pequeñaja que tengo clase.

Después de comer, voy al baño, ese lugar en el que puedo ser yo misma y derramo alguna que otra lágrima. Hoy ha sido un día duro pero debo ser fuerte, resistir, así que me lavo la cara y sonrío. Es hora de que vaya a la pista de atletismo que está frente a mi Facultad a hacer mis ejercicios diarios, tengo que ponerme en forma, nadie acabará con mis esperanzas. Sé que la gente envidiosa no quiere que sea perfecta pero también sé que sí puedo serlo. Me cambio de ropa y me pongo mis deportivas, ya gastadas por el continuo uso que les he estado dando estos últimos meses. Como siempre, veo que mi madre ha incluido en mi bolsa de deporte una barrita de cereales (0% porque sabe que de lo contrario no me la comeré), una manzana y agua. En la pista me topo con un grupo de primer año que me señala y se burla de mí, diciéndome lo asquerosa que soy por el simple hecho de estar gorda. Agacho la cabeza y me pongo la capucha de mi sudadera mientras pienso en la sociedad tan repugnante en la que vivimos, en la que te señalan por ser diferente a los demás y en la que debes mostrar un exterior perfecto si quieres encajar. Debes ser alta, delgada, lista, sociable, y tener un hobby que se considere guay. ¿Pues sabéis qué? Estoy segura de que ninguno de ellos es perfecto.

Termino de hacer mis ejercicios, cojo la mochila y me voy al coche. En el parabrisas un listillo me ha dejado una nota en la que pone : "Gorda, vete a tu casa ya". ¡Oh!, qué bien, qué original. Llego a mi casa, me ducho y me peso. Solo 200 gramos menos que ayer, algo va mal, tal vez no he corrido lo suficientemente rápido o

tal vez el bocadillo de hoy tenía más grasa que la de costumbre. Mañana me esforzaré y perderé más peso, lo tengo decidido, tengo que alcanzar mi objetivo.

Todo el mundo me dice lo guapa que estoy, que bajar esos kilitos de más me ha venido estupendamente, y que este nuevo corte de pelo me hace parecer una persona totalmente nueva. Sonrío y me siento feliz. Hacía mucho tiempo que no sentía esta paz interior. Por fin ha dado resultado el sacrificio que he tenido que hacer durante estos últimos meses. Ahora ya no volveré a escuchar más insultos, ni que vuelvan a meterse conmigo por estar gorda. Me encuentro frente a un espejo, pero ya no estoy delgada. Una chica alta me señala y comienza a reírse, a reírse de mí. Las lágrimas comienzan a salir de mis ojos. Mi cuerpo comienza a deformarse y...

Me despierto, no he escuchado el despertador pero es de día, miro el reloj y suelto una palabrota, maldita sea, voy a llegar tarde. Además, hoy debo coger la guagua para subir a la Universidad ya que a la salida me vendrá a recoger mi mejor amigo, era mi novio pero se fue de erasmus y tuvimos que dejarlo. Hoy es su primer día después de seis meses en Polonia y quiere dar un paseo conmigo. También es muy amigo de Cristina, de hecho ella fue quien me lo presentó, ambos estuvieron en la misma clase durante el instituto.

El día transcurre como siempre: clases aburridas, algún insulto y profesores que te hablan de lo maravillosa que es su vida. El profesor da por concluida la clase y salgo corriendo hacia la puerta de la Facultad, soy la primera de mi clase en llegar fuera. Mis ojos se iluminan al ver a mi amado y lo abrazo muy, muy fuerte. Me devuelve el abrazo y me dice:

-¡Oh!, Marta, estás muy delgada.

“Bien! El entrenamiento está dando resultado!” pienso. Nos subimos en su flamante coche rojo. Deberíamos dirigirnos hacia su restaurante favorito, hoy sin duda deberé saltarme la dieta y permitirme tomar algo que no sea ensalada para almorzar, pero no vamos hacia el restaurante, me sé el camino de memoria y no recuerdo haber ido nunca por aquí, Álvaro se percata de mi confusión y dice:

-Cariño, tu madre y Cristina me han hablado de tu problema ... ya sabes ... tu problema con el peso.

¿Problema? ¿Qué tiene de malo querer bajar de peso?

-Así que... -continúa diciendo -hemos decidido llevarte a un sitio en el que te ayudarán.

Las lágrimas brotan de mis ojos y corren por mis mejillas, no entiendo nada y tampoco es que se hayan molestado en explicármelo. Lo siguiente que recuerdo es encontrarme en una sala con paredes de colores y sin un solo espejo o cuadro en el que poder reflejarme para peinarme un poco después de las ajetreadas clases. Un hombre nos guía hasta su despacho. Me explica que hay muchos tipos de trastornos alimenticios y que en ocasiones nuestro cerebro nos engaña. Me enseña la foto de un cuerpo de chica muy delgada, y me dice:

-Esta chica por ejemplo padece anorexia. Nunca come y, sin embargo, se ve muy gorda.

La curiosidad me impulsa a preguntarle quién es esa muchacha. A lo que me responde con un cariñoso,

-Marta, esta chica eres tú.

No puede ser, este señor se equivoca, yo soy gorda. La gente se burla de mi por ello, es verdad que suelo vomitar cada vez que como pero... no puedo ser anoréxica. Y... ¿si la gente se burla de mi por lo delgada que estoy?, ¿o no se burlan sino que se preocupan? Tal vez eran imaginaciones mías, a lo mejor me he inventado los insultos. Ahora todo encaja, llevo meses vomitando, sin casi comer, haciendo ejercicio físico diario y cada vez me veo más y más gorda. Además, también está Cristina que se ha estado asegurando de que me coma el bocadillo cada día. Mi madre ha insistido mucho en que coma desde hace ya bastante tiempo. Ahora que lo pienso mucha gente me ha dicho que estoy demasiado delgada, aunque yo lo asociaba al buen funcionamiento de la dieta y el ejercicio. Ahora sí que lo entiendo todo. Pero no quiero morir como lo hacen cientos de chicas al año. Volveré a ser normal y me olvidaré de los prejuicios que tiene esta sociedad que tanto asco me da con sus cánones de belleza inalcanzables e irreales y su afán por hacernos ser mejores que los demás.

-“Quiero recuperarme” -digo.

El médico sonrío y asiente. Aún hay esperanzas para mí...